

LOS “HUEHUE”

El Grupo de Danza Azteca Chichimeca Huehuecuauhtitlan (“Huehue”, para los cuates) es una compañía de danza de tradición conchera, de raíz comunitaria, con presencia viva en el valle de Cuautitlán... del barrio, pues. En una charla con **Luis Carlos Salinas González**, “primer palabra” del grupo, fui hilando el origen del Huehue, su manera de nombrar la tradición y el tipo de memoria que se sostiene apasionadamente con sonidos que emulan la naturaleza, al pumpum del corazón, también con el cuerpo, disciplina y una fuerte convicción espiritual. **Luis** recuerda que todo comenzó hace varios años ya, en febrero de 2008 y desde entonces hasta hoy siguen inmersos en esta grata experiencia que comparten los integrantes de este peculiar grupo.

El impulso fundador se le debe al profe Alfonso, maestro de la prepa 11 y maestro de danza que echó a andar el grupo haciendo convivir dos corrientes: por un lado, la danza mexicana; por otro, la tradición conchera (y no precisamente de las que se chopean). En los primeros pasos participaron figuras muy recordadas dentro del propio círculo de danzantes, como la comadre Chayo, la comadre Lila (originaria del Cerrito, q.e.p.d.) y el compadre Paco, nombres que **Luis** pronuncia con mucho cariño.

La propia geografía de los ensayos cuenta una parte de esa historia. El Huehue comenzó ensayando frente a la cruz atrial; después se movieron a la explanada donde está la concha acústica; más tarde pasaron por la Casa de Cultura y, con el tiempo, regresaron de nuevo frente a la cruz atrial, como si el círculo terminara por cerrarse en el sitio testigo donde comenzó.

Nombre, memoria y tradición viva

El nombre del grupo condensa buena parte de su identidad. **Huehuecuauhtitlan**, según lo expresado por sus integrantes, remite a una antigua denominación de esta demarcación y se vincula con un relato ancestral atribuido al **Códice Chimalpopoca**, particularmente a los **Anales de Cuauhtitlan** y a la **Leyenda de los Cinco Soles**. En esa memoria, Quetzalcóatl —Cē Ācatl Topiltzin Quetzalcóatl, el hombre— atraviesa estas tierras y, al verse reflejado en un espejo de obsidiana, se descubre nostálgicamente **huehue**, es decir, “viejo” en náhuatl; como si este territorio le devolviera otra cara: un rostro gastado por el inmisericorde paso del tiempo. De ahí se desprende la interpretación de **Huehuecuauhtitlan** como “entre los árboles viejos” o “la arboleda antigua”. Al apropiarse de este término, el grupo se enlaza con la memoria profunda de la tierra cuautitlana y la trae nuevamente al presente.

La segunda parte del nombre —“**Azteca Chichimeca**”— abre un matiz importante. Luis subraya que su práctica **no se presenta como “danza prehispánica” en sentido estricto**, pues mucho de ese universo ceremonial se perdió o se transformó tras la caída de los altépetl anahuacas: se fracturaron linajes, se interrumpieron formas de transmisión y se reacomodó el sentido mismo de lo ritual. Por ello, lo que hoy pervive —y lo que ellos practican— corresponde a una **danza de tradición conchera**, también conocida como **danza chichimeca**: una expresión nacida del sincretismo que permitió la continuidad de cantos, toques y ceremoniales después de la invasión castellana.

Dentro de esa genealogía se cuenta que, tras la caída de la Triple Alianza anahuaca, muchos grupos se desplazaron hacia el Bajío. En ese tránsito ocurrió una reorganización profunda: ahí comenzaron a entretorse nuevas formas de continuidad ritual y se fue consolidando el sincretismo que hoy se respira en el ceremonial. Más tarde, en un proceso que algunos grupos nombran como “la reconquista”, varios de esos linajes regresaron gradualmente hacia el territorio que había sido la gran Tenochtitlan. En esa misma línea se menciona la llegada de un grupo de concheros conocido como la Reliquia General y, ya hacia la década de 1940, el surgimiento de un impulso más organizado desde el Movimiento Confederado Restaurador del Anáhuac, que fortaleció la idea de la mexicanidad y abrió nuevas vías para su difusión.

Parte de esa herencia se mantiene visible en los instrumentos utilizados durante la danza. **Luis** describe una evolución que converge con instrumentos consagrados del pasado, y también con nuevas implementaciones para un mejor desempeño: antiguamente se usaba el tronco de un árbol ahuecado con un parche de cuero —a veces de venado, a veces de otro animal— para ejecutar el sonido; hoy, algunos huehuatl ya se hacen de lata, tambo o acero, se les pone parche y el sonido continúa, actualizado. Algo similar ocurre con el ayacachtli (o sonaja): antes se hacía de bule o incluso de caparazón de tortuga, se rellenaba de piedritas y con eso se marcaba el pulso. En el Huehue, dice **Luis**, el uso cotidiano se sostiene sobre tres instrumentos principales: el ayacachtli

(instrumento personal con el que se inicia el danzante, para aprender ritmos y tiempos), el tambor de mano (panwewet) y, ya con más dominio, la guitarra conchera. Menciona también instrumentos más ocasionales —tlapizallis, teponaztlis— y agrega que en el grupo se usa la mandolina, que en la jerga de danza nombran como clarín. El caracol, en cambio, aparece más como llamado ritual que como instrumento para “ejecutar” la danza.

Los capitanes concheros, explica **Luis**, resguardaban este conocimiento porque lo recibieron de forma oral y así lo transmitían: de boca a oído, de ojo a memoria, de cuerpo a cuerpo. Durante mucho tiempo fue un mundo cerrado, casi de cofradía; incluso recuerda un nombre antiguo con el que se hablaba de ese carácter reservado: La Hermandad de la Santa Ilegal. No cualquiera entraba. Para integrarte, muchas veces había que emparentar, y ni siquiera existía la idea del “ensayo” como hoy lo entendemos: se aprendía en las festividades, acercándose al grupo y pescando lo que se pudiera, a fuerza de repetición y de atención. Con el surgimiento de los grupos de mexicanidad, los ensayos se abrieron y se hicieron frecuentes; en su caso, mantienen horarios claros (por ejemplo, martes y/o sábados en la tarde-noche) para aprender, repasar toques, cantos y ceremonial. Y aunque la tradición nació en la memoria oral, hoy también se apoya —sin culpa— en entrevistas, videos, canales y páginas, porque parte de preservar es aceptar que el mundo cambió y que la transmisión también cambia.

Luis menciona, además, figuras que han aportado a ese resguardo por escrito. Habla del capitán Gabriel Hernández (de la mesa de Sacromonte) y de un alabancero que reunió cantos ceremoniales y explicó con amplitud el ceremonial conchero; un esfuerzo valioso porque, durante décadas, casi todo se sostuvo sin algo documental. Para quienes van iniciando, esa literatura se vuelve apoyo: no reemplaza al maestro ni al rito, pero acompaña en el sentido pragmático.

La vida comunitaria esta presente en todo momento, sin embargo, no siempre es amable con la paciencia que exige una tradición así. **Luis** lo dice sin melodrama: hay retos muy concretos. A veces, en el entorno de los espacios públicos, toca lidiar con personas en situación de calle que andan cerca, con dinámicas difíciles, con tensiones que interrumpen el trabajo. Otras veces, el obstáculo es más emocional: el desánimo, el desinterés, la apatía. Han ido a fiestas patronales de comunidades de Cuautitlán —como Huecatitla, Ixtacalco— y recuerdan presentaciones como la Fiesta del Machero, donde no siempre la gente presta atención ni se abre a escuchar lo que el cuerpo está diciendo. **Luis** no lo reduce a regaño: lo explica como falta de empatía, como un “chip” social que a veces quiere que todo sea inmediato, cómodo y a la medida. Y también menciona, sin necesidad de pleito, que a veces las autoridades le dan prioridad a otras cosas, y ahí el grupo sigue en su ardua lucha.

Con los jóvenes, el desafío aparece por otra vía: la costumbre de la comodidad. **Luis** lo cuenta con claridad: a muchos se les complica imaginar que hay que quitarse los zapatos, caminar descalzo, sentir la incomodidad; que hay que ayunar, aguantar el sueño en una velación, resistir el solazo. Son exigencias que vienen de una lógica distinta: no castigo, sino formación del carácter. En palabras de **Luis**, muchos son “nativos digitales”, y ese mundo análogo —el cuerpo como herramienta— les resulta ajeno al principio.

Pero cuando la danza sucede, algo cambia de escala. **Luis** lo define con una frase que vale por sí sola: “la danza es un diálogo en el cual el cuerpo dice muchas cosas”. Al ponerse al frente, primero buscan desconectarse de lo cotidiano; luego aparece eso que él llama “meditación en movimiento”, una conexión con el dador de la vida, con Dios, con lo sagrado (como cada quien lo entienda). Y al final —como cereza del pastel— queda una imagen poderosa: sentir que detrás de ti danzan tus ancestros, aquellos que ofrendaron su vida para que el conocimiento se resguardara. En esa lectura, danzar no es entretenimiento, dice **Luis**, danzar es hacer revolución.

Los planes del Huehue parecen simples y por eso mismo son profundos: seguir danzando. Y seguir “en la reconquista”, entendida no como la metáfora a la invasión militar castellana del siglo XVI, sino como una tarea interior: conquistar el propio cuerpo, pero también conquistar corazones, enamorar a alguien de esta práctica para que quiera cuidarla. El apoyo, dice **Luis**, no siempre consiste en que todos dancen; a veces basta con algo más básico y más difícil: saber que existen, acercarse, mirar con respeto, conocer.

Y hay, además, una fiesta que cada año se espera y se prepara con un amor que se nota desde lo práctico: desde que se cierra el evento anterior —dice **Luis**—, empieza el siguiente, incluso desde el momento en que levantan la basura. La organización les toma alrededor de cuatro meses, y en el grupo hay un protagonismo entrañable: las mujeres, a quienes en su jerga llaman “comadritas”, sostienen una parte enorme de los detalles, los alimentos, el altar, lo pequeño y lo decisivo. La ofrenda se dirige a lo sagrado y, dentro de su sincretismo, se nombra a Nuestra Señora Tlazolteotl como patrona de las mujeres, la medicina, del temazcal y del telar; una figura materna que, en su contexto, también dialoga con la vocación guadalupana. Recibir a los grupos visitantes

—de lugares distantes— es, para ellos, una forma de corresponder afectos: hoy me apapachas tú en tu comunidad; mañana te apapacho yo en la mía.

(A título personal: al profe Alfonso lo conocí como maestro de Antropología en la Prepa 11 de Cuautitlán Izcalli; por eso lo recuerdo con estima. Y escuchar a **Luis** hablar desde la “primer palabra” una gran responsabilidad. En tiempos de prisa, hay algo profundamente humano en un grupo que insiste, semana a semana, en recordar con el cuerpo lo que la memoria del pueblo no debería olvidar.)